



ESCRIBE

Jorge
Edwards

20301

Permiso para vivir

No creo que Alfredo Bryce Echenique haya necesitado permiso para vivir como dice el título de sus memorias, o más bien, de sus antememorias. Ha vivido con intensidad, con euforia, con humor, con momentos de indudable felicidad, sin pedirle permiso a nadie. Cuando yo trabajaba en la embajada chilena en París, en la década de los sesenta y después a comienzos de los setenta, observaba a gente como Julio Cortázar, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa, Juan Goytiso, Alfredo Bryce Echenique, con gran envidia. Ellos se dedicaban a escribir, a traducir, a hacer algunas clases de literatura, y yo consumía mi tiempo entre aeropuertos, oficinas, máquinas de télex, discursos, cócteles oficiales. Ahora, mientras leo las memorias de Alfredo Bryce, y percibo, de paso, algunas fisuras de su memoria (por eso se llaman, quizás, antememorias), descubro que ellos, algunos de ellos, por lo menos, consideraban evidenciable mi seguridad, mi casa instalada, mi mediano automóvil, mis modestos artefactos. Así son de relativa las cosas. Yo corría por los ministerios, "a la sombra de las administraciones", y Alfredo Bryce escribía cuentos y novelas, enseñaba un poco de literatura y conversaba con sus amigos hasta altísimas horas de la madrugada, bebiendo vinos de todas clases. Ese París de fines de los sesenta era una fiesta, como el de Hemingway en la década del veinte y del treinta, pero los participantes a veces no se daban cuenta de su propia felicidad, de su libertad, de su alegría. O se dieron cuenta al cabo de los años, cuando la fiesta había comenzado a apagarse.

Bryce Echenique menciona con frecuencia un hecho que yo, olvidadizo, había olvidado por completo. En La Habana, en el concurso de Casa de las Américas de 1966, contribuí, como miembro del jurado, a darle el segundo lugar, esto es, una mención honrosa, a su primer libro de cuentos, *Huerto cerrado*. Ahora he recordado ese manuscrito, enviado por un autor que era un perfecto desconocido en aquellos días. Es posible, incluso, que mi espíritu aficionado a la contradicción, un tanto obstinado, haya impedido que se sacara el primer premio. Había un manuscrito cubano, *Condenados de Condado*, de José Norberto Fuentes, que me había gustado por su inde-

pendencia, por la creación de los personajes, porque eran historias de guerra contadas desde el margen, desde una perspectiva curiosamente distanciada. No todos los guerrilleros de esos cuentos eran santos ni todos los contrarrevolucionarios eran bandidos. En resumen, fuimos presionados por los cubanos para no premiar el manuscrito de José Norberto Fuentes, y eso significó que algunos integrantes del jurado nos rebeláramos, que lo premiáramos y que el libro de Bryce, que tenía valores literarios notables, quedara segundo. Dos años más tarde, al regresar a Cuba como diplomático, llegué a sospechar que ese episodio del concurso de Casa de las Américas fue una de las causas de la frialdad oficial con que fui recibido.

Alfredo Bryce cuenta que le expliqué en un café de Montparnasse, en forma simpática (menos mal), lo que había ocurrido con sus cuentos. A partir de esa época empecé a verlo con bastante frecuencia, en un París que parecía una sucursal literaria de América Latina. Noches en casa de Mimó Apuleyo Méndez, de Rubén Basciro Sagüet, de Julio Ramón Ribeyro, de Julio Cortázar. Encuentros en el "mausoleo", como lo llamaba Pablo Neruda, de la avenida de la Motte-Picquet. Yo venía de regreso de Cuba y el relato de mi accidentada misión diplomática en la isla, que había terminado con el encarcelamiento de Heberto Padilla, era escuchado con atención preocupada, hasta cierto punto angustiada.

Dos o tres años más tarde, cuando apareció en Barcelona *Persona non grata*, Bryce dice que leyó el libro con pesar, con desagrado. Cuenta que Julio Cortázar, que era amigo mío, pero que solidarizaba con Cuba de un modo cada día más emocional, me quitó el saho. Esto no es del todo exacto. Julio, que también se entristeció con el libro, me mandó decir con un amigo común que "según siendo amigo mío, pero que por ahora prefería no verme". ¿Curiosa amistad, pensé yo, y la verdad es que nunca volví a coincidir en ningún lugar de este mundo con Julio, desaparición que sentí muchísimo más que otras. Alfredo Bryce, por su lado, me comentó el libro con cierta vaguedad y me contó que Julio Ramón Ribeyro era un buen defensor suyo. Así eran

estas situaciones. La censura y la autocensura actuaban en Occidente de manera insidiosa, como profundaciones soterradas de las censuras triunfantes de La Habana y de Moscú. Y nosotros, es la mayoría de los casos, agachábamos el rostro y no comprendíamos a los disidentes del bloque soviético. Eran ironías, paradojas de la historia que hemos tenido que pagar bastante cara.

Bryce escribe con desenfado, con enorme soltura, y hay momentos de sus memorias que parecen páginas de ficción, de novela. Su estilo me recuerda a veces el de los textos autobiográficos, llenos de una fuerte carga erótica, de Henry Miller. He hablado de Hemingway y ahora de Henry Miller. Bryce Echenique es un gran lector y hasta cierto punto un continuador de la literatura norteamericana contemporánea. Su estilo sólo se explica en referencia a Hemingway, a Scott Fitzgerald, a Miller. Pero también tiene raíces en la tradición hispánica, en la novela picaresca, en el Quijote. Aquí reside la complejidad de sus textos, su calidad. Escribí sobre muchas de sus novelas de los últimos años, sin prestar mayor atención a pelambres literarios, sin saber ni querer saber lo que él decía de *Persona non grata*, y me parece que hice bien. Estaba convencido de que el tiempo dejaría las cosas en su sitio, y así ha comenzado a ocurrir.

Las memorias de Bryce tienen una cualidad notable, por encima de cualquier otra. Tienen afirmaciones de una honestidad que deja perplejo al lector. A Bryce trataron de presentarlo en el Perú, en los tiempos demagógicos del general Velasco Alvarado, como el novelista que logró destruir a la oligarquía peruana. Bryce evidentemente no entró en ese juego. Sus objetivos como novelista nunca fueron tan ambiciosos. No pretendió destruir a nadie; pretendió contar una historia, elaborar un cuerpo novelesco. Cuando un periodista le preguntó por el general Velasco, dijo que el "cholo" Velasco (en realidad, confusión de Bryce, le decían el "chino", no el "cholo") le caía simpático y que lo gustaría emborracharse con él. Nada de afirmaciones engoladas, pomposas, petulantes. Eso es lo que siempre salva a Bryce y lo que le conquista lectores en todas partes.

la segunda 8-X-1963 P 8

9601

Permiso para vivir [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Permiso para vivir [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile